



REVISTA DE LIBROS

Comentario bibliográfico

Scott, Joan Wallach: *Género e historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 2008.

Agustina Veronelli

Universidad de Buenos Aires

agustinaveronelli@gmail.com

Han pasado ya más de veinticinco años de la primera publicación de *Gender and the Politics of History*, libro que sirvió como puntapié para este trabajo. Allí fue incluido el conocido artículo *El género como categoría útil para el análisis histórico* (1986), en el que Joan Scott intentaba resolver su pregunta acerca de cómo acercarse al pasado a partir de un sujeto hasta entonces considerado marginal en la historiografía. Sus indagaciones teóricas, en una búsqueda constante de debatir y cuestionar las verdades universales de la Historia y de interpelar la forma en que se venía escribiendo desde esta disciplina, han marcado un gran distanciamiento respecto a las usanzas historiográficas tradicionales.

Conocer los significados que atribuimos a los sujetos y a sus prácticas a lo largo del tiempo es el móvil de esta investigadora, quien nos invita a revisar archivos y fuentes, a leer incansablemente, y a tomarnos el hábito y el deseo de cuestionar como una pulsión epistemológica. A pesar del paso de los años —desde mediados de los 80, cuando Scott presenta su trabajo ante la *American History Association*, o bien, en el 2008 con la publicación de la revisión de su artículo en la *American Historical Review*— las preguntas sobre el cómo ocurrieron las cosas y por qué lo hicieron de esa forma, no pierden vigencia en su pensamiento.

Género como categoría útil... contó con varias traducciones al español y tuvo entre círculos académicos y activistas una enorme recepción. Ha servido también de fuente de inspiración y de base teórica sustentable para la historiografía argentina desde los momentos más incipientes de los estudios de género. De esta forma ha respaldado a una gran cantidad de artículos, tesis y libros, tanto en los trabajos históricos como en otras disciplinas. Su labor ha aportado un marco conceptual que según Adriana Valobra “... hizo tambalear las nociones tranquilizantes de sexo como biológico, natural y dado”¹.

Cabe mencionar que en la Argentina la incorporación de la categoría de género se fue dando tímidamente, a la par de la renovación historiográfica general tras la reapertura de la pluralidad ideológica, el retorno de intelectuales exiliados, y el desarrollo de la historia cultural, el posmodernismo y la difusión de los planteos teóricos de Thompson, Foucault, Chartier, Bourdieu y Raymond Williams. Esta transformación tuvo sus ecos en la historia de las mujeres. A lo largo de la década de 1990 se impulsaron numerosos centros de investigación como el Área Interdisciplinaria de Estudios de la Mujer (luego Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género), se publicaron revistas especializadas y se llevaron adelante eventos como las Primeras Jornadas de Historia de las Mujeres en 1991. A pesar del clima de efervescencia, ninguno de los más de treinta trabajos registrados en sus actas, mencionaba este concepto. Incluso en el primer número de la revista *Mora*, editada por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires desde 1995, se reconocían las numerosas disyuntivas teóricas, como la indefinición hasta el momento de separar estudios de la Mujer “y/o” de Género, marcando así la preferencia por los “bordes inciertos”.

El interés de este escrito consiste en indagar sobre un corpus conformado por algunos títulos publicados entre las décadas de 1990 y 2000, las formas en que la historiografía argentina leyó y aplicó el concepto de género de Scott. Se trata de algunas reflexiones sin la intención de realizar un balance o de recorrer la vasta literatura existente. La selección bibliográfica es quizás acotada, pero pretende mostrar, desde un abanico amplio de intereses, la complejidad de la categoría de género y sus diversos arraigos. Comenzaremos repasando algunas de las propuestas de Scott y analizaremos los significados que le otorgaron las lecturas propuestas.

1 Valobra, Adriana: “Algunas consideraciones acerca de la relación entre la historia de las mujeres y de género en Argentina”, en *Nuevo Topo*, No. 1, 2005, p. 104.

Aportes historiográficos, usos y revisiones

A comienzos de los ochentas nuestra autora se preguntaba, retomando los planteos de investigadoras como Joan Kelly, si una empresa como la que constituía la historia de las mujeres, que apostaba a reencausar el lugar de las féminas en los relatos del pasado desde los márgenes hasta el centro, no implicaba la necesidad de reescribir la Historia. Es que esta nueva trama focalizada en “ellas” (haciendo un juego de palabras: *her-story* en vez de *history*) presentaría una periodización nueva, haciendo énfasis en procesos distintos y en diferentes experiencias.

Pero Scott avanzaba aún más en sus señalamientos, introduciendo la pregunta a la historiografía feminista de si era posible pensar en una identidad permanente de “mujeres”, cosa que contestaba de forma negativa. La autora daba cuenta así de que las historiadoras tomaban la diferencia sexual como dada y separada de la construcción de género, sin revisar los diversos significados de esta diferencia:

Los libros que supuestamente practican un "análisis del género" a menudo no son más que estudios, bastante predecibles sobre las mujeres o sobre las diferencias de estatus, de experiencia, y de posibilidades que se ofrecen a las mujeres y a los hombres (...) tales estudios raras veces analizan como se han fijado los significados de "mujeres" y "hombres" en el discurso, cuáles son las contradicciones inherentes a ellos, cual es el término que resulta excluido, qué variantes de la "feminidad", vivenciadas subjetivamente, han sido evidentes en diversos "regímenes de verdad". En vez de todo esto, muchas investigadoras feministas emplean el término género rechazando a la vez, explícitamente, la premisa de que "hombres" y "mujeres" son categorías variables desde un punto de vista histórico..." (p. 15).

El giro metodológico fundamental que creó es el estudio de ese significado en momentos particulares, en su caso focalizándose en la historia de las trabajadoras en el siglo XIX. Es que la categoría de género como herramienta analítica tiene según ella el mérito de dar cuenta de las variadas formas de la interacción humana. No hay algo separado que sea el sexo y otra cosa que sea el género. El género existe en el mundo solamente como el significado de la diferencia sexual y la diferencia sexual no existe sin un significado atribuido. Su razonamiento posibilita desnaturalizar las ideas de hombre y mujer en la historia (así como las de masculino y femenino) al tiempo que sirve para poner en cuestión lo biológicamente dado. Se trataba de una forma específica de analizar la organización social de la diferencia sexual que no podía entenderse como estable a lo largo del tiempo.

La autora analiza los usos que le estaban dando las historiadoras norteamericanas, particularmente quienes se concentraban en los orígenes y el devenir del patriarcado a lo largo del tiempo, en los que observa dos problemas. Por un lado, introducían la categoría para separar lo biológico de lo cultural y así afirmar que el género era una producción social, dejando al sexo como algo natural y fijo. Por el otro, veían al género como algo también dado, asumiendo su propia “ahistoricidad”.

A diferencia de esos enfoques, Scott se destaca por la deconstrucción de los conceptos, lo que constituye un ejercicio analítico fundamental en su pensamiento y es el núcleo subyacente a su propuesta historiográfica. Propone que “... se debe analizar en el contexto la forma en que opera cualquier oposición binaria, invirtiendo y desplazando su construcción jerárquica, en lugar de aceptarla como real o evidente, como la misma naturaleza de las cosas” (p. 63). El análisis del lenguaje ocupa un lugar importante, facilitando la intelección de los significados de las acciones y las relaciones humanas. Las continuas advertencias de situar a los conceptos en el tiempo, de ser “... más autoconscientes de la diferencia entre nuestro vocabulario analítico y el material que queremos analizar” (p. 63) convierten a su libro en una buena herramienta a la hora de abordar una investigación, y en una ayuda para evitar caer en anacronismos y esencialismos. De esta forma, la historia funciona como un “método de análisis” en donde el género es la categoría central.

Como afirma la filósofa argentina María Lugones, el ver a la diferencia hombre/mujer, macho/hembra como natural es uno de los significados históricos de la diferencia sexual, uno que siempre estuvo en una pugna con otros sentidos y que ha sido hegemónico en ciertos momentos de la historia Europea². Quizás por el momento en el que escribe el texto, Scott entiende género y diferencia sexual en términos de una binariedad, una composición entre términos opuestos cuyos significados son contingentes. En su estudio de las obreras en Francia, la autora va descubriendo estos sentidos conflictivos que se ha dado a la diferencia sexual y que pugnan por su hegemonía. Sin embargo en ese caso la diferencia es binaria al no indagar, según Lugones, en las vidas de las personas homosexuales, “hermafroditas”, transexuales o travestis.

2 Conversaciones con la Dra. María Lugones, Buenos Aires, septiembre de 2013.

Resulta interesante desde aquí volver a lo que es género para Scott. Se trata de un componente básico de las relaciones sociales, basado en las diferencias “percibidas” entre los sexos. Como tal comprende cuatro elementos presentes en toda forma de organización social, que están relacionados entre sí y que operan de forma conjunta. Estos son los símbolos “culturalmente disponibles”, las normas o los conceptos normativos expresados en doctrinas religiosas, científicas, legales y políticas, “que manifiestan las interpretaciones de los significados de los símbolos” (p. 66); las nociones políticas y las formas en que las instituciones específicas de una sociedad (mercado, escuela, familia, organización política, entre otros) crean parámetros de organización social. La identidad subjetiva, es decir la construcción de las identidades genéricas, es el cuarto componente.

Scott profundiza aun más y agrega una segunda proposición para concebir al género: la del “campo primario [aunque no el único] dentro del cual o por medio del cual se articula el poder” (p. 68). Esto lo convierte en una fuente primaria de las “relaciones significantes de poder”. Lo interesante es que considera una dialéctica en la que el género se compromete en la construcción del propio poder, al mismo tiempo que éste construye aquel. Ahí es cuando la historiadora pone varios ejemplos de análisis sociológicos o históricos en los que el binomio masculino-femenino era utilizado para simbolizar atributos jerárquicos, o como metáfora de dominación.

Ahora bien, la lectura y reflexión nos provocan algunas preguntas ¿Son los componentes de las relaciones de género siempre varones y mujeres? ¿Qué posibilidad existe para la historia de rastrear las relaciones de poder entre las mismas mujeres en términos de género? ¿Si mantenemos la dicotomía, qué chances tenemos de considerar a las mujeres como un sujeto heterogéneo, aun cuando Scott proponga vertebrar al género con las ideas de clase y la raza?

Pensando en el género como “un elemento constitutivo de las relaciones sociales, las cuales se basan en las diferencias percibidas entre los sexos” (p. 65) cabe hacerse eco de los interrogantes de Lugones. Para ella, Scott ofrece una manera de mirar al mundo desde una epistemología moderna y occidental —inherente al mundo capitalista— construida a partir de la conjunción de opuestos, que tiende a universalizar las formas europeas de ver y concebir al mundo. De esta forma omite algunos interrogantes ¿quiénes perciben las diferencias? ¿Cómo se construyen esas percepciones? ¿Está la diferencia sexual presente en todas las formas posibles de organización a lo

largo del tiempo? ¿Se podría utilizar su categoría de género en el análisis histórico de pueblos con filosofías, ontologías, y epistemologías no occidentales?

Omar Acha también se ha concentrado en el estudio de las propuestas historiográficas de Scott. Según él, su obra ofrece salir del uso tradicional según el cual género es la expresión cultural de la diferencia sexual, al implicar la asignación de jerarquías, metáforas y símbolos de poder³. Por eso afirma que el uso de este concepto enfatiza sistemas de relaciones que incluyen al sexo, aunque no exclusivamente. De esta forma, Acha aporta un ejemplo interesante sobre el carácter “femenino” que Le Bon o Ramos Mejía a comienzos del siglo XX le atribuían a las masas o multitudes. Los usos de género en este sentido son estimulantes ya que no se trata de relaciones sociales desiguales, sino de sentidos que se le da al poder, independientemente de los cuerpos sobre los que fuera ejercido.

Acha también afirma que Scott mantiene una mirada binaria sobre el género. Y sostiene que el quiebre que este concepto proponía, tenía que ver con la concepción de sujeto, que lejos de estar preconstituido, es proliferante: no se trata solamente de hombres y mujeres, sino de un nuevo universo híbrido de nuevas subjetividades.

La bibliografía que revisa la historia de las mujeres y de género en nuestro país ha abordado, en términos generales, problemas vinculados a las sexualidades, el trabajo, la familia, la maternidad y el matrimonio, la lucha por los derechos, la militancia y la participación política, la prostitución, el acceso a la salud, entre otros. Ello estuvo acompañado por la utilización de nuevas fuentes, la reformulación de preguntas y el cruce con disciplinas como la Literatura, la Historia del Arte, la Filosofía, la Psicología, la Antropología, la Sociología o los estudios culturales. Las innovaciones en la producción historiográfica fueron protagonizadas no sólo por las comunidades académicas de la Ciudad y el Gran Buenos Aires, sino también por las de Rosario, La Pampa, Córdoba, Tucumán, y Comahue.

Más allá del interesante desarrollo de este campo de estudios, varios autores coinciden en señalar la falta de profundización teórica en la historiografía de mujeres y de género⁴. A pesar de

3 Acha, Omar: *El sexo de la Historia*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 2000.

4 Ver Acha, op. cit.; Barrancos, Dora: “Historia, historiografía y género. Notas para la memoria de sus vínculos en la Argentina”, en *Aljaba*, Vol. 9, 2005 y Valobra, op. cit.

que nuestra producción académica se valiera muchas veces de la definición de Scott, el resto de sus complejas propuestas fueron dejadas de lado.

La significación que más frecuentemente se le ha otorgado al concepto fue aquella de las vinculaciones asimétricas y conflictivas entre los sexos, y por ende de relaciones de poder. Género seguía dando cuenta de la situación de las mujeres, naturalizando según Valobra una esencia identitaria⁵. Esto se liga a la percepción de Acha quien junto a Paula Halperín, afirmó que las producciones historiográficas de este país banalizaron y desradicalizaron el concepto de género, reduciéndolo a una mera “clasificación de sexos”. Esto abría la puerta a los esencialismos en los que,

... se trata de hacer la historia cultural de unos sexos cuya diferencia considerada más profunda, la biológica, quedaba libre de crítica (...) qué era una mujer, era dejado como un implícito que reforzaba la clasificación genérica existente. Mujer en estos estudios, que no son lejanos sino que aun dominan en la historiografía de las mujeres, era una entidad cuya construcción más radical, aquella de la diferencia sexual, era dejada en suspenso⁶

Para tensar la binariedad, un provocativo trabajo de Pablo Ben resulta de referencia fundamental⁷. El autor aborda un sujeto nuevo para la historiografía argentina, los “hermafroditas”, y presenta las miradas que los documentos médicos construyeron sobre sexo y género a propósito de esa población. Ben parte de la crítica a las lecturas de la historia que han considerado como particularidades a aquellas cuestiones vinculadas al género y la sexualidad. Coincidiendo con Scott en cuanto a la trascendencia del concepto para pensar las relaciones sociales, sostiene que la misma consolidación del Estado nación no puede ser comprendida sin un análisis de género que diera cuenta de las imposiciones “para adecuar las subjetividades a un modelo representado por el varón blanco, occidental, argentino, heterosexual y de elite”⁸. A su vez afirma que la historia de nuestro país ha sido construida bajo la presunción dicotómica de que sólo existen varones y mujeres.

5 Valobra, Adriana: *Del hogar a las urnas. Recorridos de la ciudadanía política femenina. Argentina, 1946-1955*, Rosario, Prohistoria, 2010.

6 Acha, Omar y Halperín, Paula (comp.): *Cuerpos, géneros e identidades. Estudios de historia de género en Argentina*, Buenos Aires, Signo, 2000, p. 20.

7 Ben, Pablo: “Muéstrame tus genitales y te diré quién eres. El ‘hemafroditismo’ en la Argentina finisecular y de principios del siglo XX”, en Acha, O. y Halperín, P., op. cit.

8 *Ibid.*, p.64.

Quizás el libro *Historia y Género*⁹ pueda servirnos de ejemplo de la mirada relacional que muchas veces ha utilizado la categoría en cuestión como sinónimo de mujer. Un breve prólogo a cargo de Dora Barrancos revisaba las incorporaciones de la historiografía norteamericana en “clave de género” y comentaba la importancia y la radicalidad de hacer historia de las mujeres. El cuerpo del texto nos muestra, de la mano de un nutrido grupo de investigadores, variedad de temáticas que visibilizan problemas de estudio hasta entonces no abordados, aunque no logra separar el concepto de género (que no aparecía problematizado) de la situación de las mujeres. Incluso se planteaba como algo universal la cuestión de “la mujer”, a pesar de que los trabajos ilustraban una pluralidad de situaciones¹⁰. Las investigaciones posteriores evidenciaron que ya no se podía hacer referencia a esta singularidad, introduciendo una necesaria heterogeneidad en este objeto de estudio.

Al ligar género a mujeres, el enfoque relacional eludía la problematización sobre el concepto de diferencia sexual. Tomando los aportes de Scott, Marta Lamas plantea el debate entre ambos términos y rescata que el género implicaría según ella la construcción de subjetividades más allá de los cuerpos¹¹, aunque para Scott no pueden existir cuerpos carentes de significado histórico. La cuestión sigue siendo, retomando los planteos y las preguntas hechas a nuestra autora, la necesidad de cuestionarse el cómo se constituyeron las partes de la diferencia.

Aquí no podría obviarse una mención a la vasta producción de Barrancos, quien desde su escritura, su desempeño en la academia y militancia, ha colaborado inconmensurablemente con esta historiografía. Lo peculiar de su obra es que muchos de sus trabajos publicados en la década del 2000 refieren más a una historia “de y con” mujeres que de género.

Otra posible forma para clasificar a los usos que se hicieron de la categoría es la simbólica, en la que se presentan y cobran forma todo un conjunto de atributos asociados a lo masculino y lo

9 Barrancos, Dora (comp.): *Historia y Género*, Buenos Aires, CEAL, 1993.

10 Los diversos capítulos ilustran la historia de las mujeres menopáusicas en occidente desde la Antigüedad, los intentos represivos de la Iglesia sobre las relaciones entre varones y mujeres —y sobre todo sobre el comportamiento femenino—, la situación legal y los derechos de las mujeres de sectores marginales en el siglo XIX en la Argentina, las obreras de la industria frigorífica y textil en Berisso, y finalmente la participación de las militantes en los sectores de derecha de Argentina, Brasil y Chile en la primera mitad del siglo XX.

11 Lamas, Marta: “Usos, dificultades y posibilidades de la categoría de género”, disponible en <http://www.udg.mx/laventana/libr1/lamas.html>

femenino, concebidos como significantes de relaciones de poder. Un ejemplo puede ser el trabajo de Marcela Nari *Políticas de maternidad y maternalismo político*¹², en el que se estudian los intentos del Estado de interpelar a las mujeres en tanto madres, cuidadoras y dadoras de vida, conjunto a las justificaciones que el feminismo de Buenos Aires de comienzos del siglo XX hacía respecto al reclamo de los derechos políticos y civiles, anclado en la posibilidad de criar a futuros ciudadanos. La maternidad es entendida en este contexto como una dimensión simbólica. No se da cuenta tan sólo de la situación de las mujeres, sino que se trabaja con los mandatos y planteos realizados de la medicina, la jurisprudencia y la política, a la vez que la recepción y tensión que tenían dichas premisas en el movimiento feminista de comienzos de siglo.

Un conjunto de textos, agrupados en el libro *De minifaldas, militancias y revoluciones. Exploraciones sobre los 70 en la Argentina*¹³ combina con sutileza ambos enfoques. La publicación incluye un conjunto de voces nucleadas en el área de Género y Política en los Setentas, un espacio en crecimiento en los últimos años. Algunas de las temáticas que presenta están vinculadas con la militancia, la sexualidad, el arte, la vida cotidiana, la memoria, la familia, el exilio, la juventud, entre otros aspectos de lo transcurrido en esos años.

A partir de la indagación en distintos tipos de fuentes, las autoras se proponen facilitar una comprensión de los setentas “permeada por las relaciones de género” además de repensar las periodizaciones históricas desde la mirada de las “desiguales relaciones de poder entre los sexos”. Buscan dar cuenta de la construcción de determinadas “representaciones sobre el mundo femenino” cosa que logran al reunir diversas historias de una multiplicidad de mujeres, todas ellas inscriptas en un “sistema de relaciones no igualitario y a la vez saturado de conflictos y en permanente cambio”¹⁴.

El artículo inaugural de Marta Vasallo trata sobre la militancia de las mujeres en los setentas en América Latina. Complejiza su participación en las organizaciones político-militares, y la tensión que presentaban con el feminismo de la época. A su vez trabaja la noción de “militancia en

12 Nari, Marcela: *Políticas de maternidad y maternalismo político. Buenos Aires, 1890-1940*, Buenos Aires, Biblos, 2004.

13 Andújar, Andrea, D'Antonio, Débora, Gil Lozano, Fernanda, Grammatico, Karin y Rosa, María Laura: *De minifaldas, militancias y revoluciones. Exploraciones sobre los 70 en la Argentina*, Buenos Aires, Luxemburg, 2009.

14 Andújar, A., D'Antonio, D., Gil Lozano, F., et al., op. cit., p. 10.

pareja”, concebida como la célula básica de activismo y acción. También comenta las opiniones que entonces circulaban acerca de las mujeres en las guerrillas y en otros espacios políticos. La perspectiva se asemeja a una mirada relacional, en tanto que destaca en varias oportunidades la ruptura con los roles tradicionales, a pesar de considerar al feminismo como un movimiento burgués.

A su vez el capítulo de Debora D’ Antonio, que analiza la situación en las cárceles de la dictadura, entiende al género como “un clivaje decisivo a la hora de diseñar las tecnologías de dominación”¹⁵ a partir del cual las políticas represivas intentaron fundir y liquidar a las “las formas subjetivas perturbadoras”¹⁶. En este sentido utiliza palabras tales como “virilidad”, “feminizar”, aludidas respecto al tratamiento dado a las personas detenidas, mencionado que el enemigo son mujeres “que no son mujeres”, y hombres a los que se liquida “feminizándolos”. El género es entendido a partir de las metáforas de dominación, y mediante las normas institucionales y las políticas represivas de Estado. Al mismo tiempo el texto da cuenta del trato específico infringido a las mujeres en los penales, a lo que denomina la “sexuación del castigo”. Mientras que a las mujeres se las cuestionaba, acorralaba y castigaba por no cumplir con los roles que la dictadura consideraba apropiados para ellas, a los varones se buscaba quitarles la virilidad por medio del “atenazamiento del cuerpo”.

Consideraciones finales

A mediados de la década de 1980, el género prometía ser una categoría útil con un efecto político y epistemológico desestabilizador. Tenía la intención de repensar y analizar críticamente los

15 D’Antonio, Débora: “Rejas, gritos, cadenas, ruidos y ollas. La agencia política en las cárceles del Estado terrorista en Argentina, 1974-1983”, en Andújar, A., D’Antonio, D., Gil Lozano, F., *et al.*, op. cit., p. 98.

16 En un interesante texto escrito varios años antes, la autora daba cuenta del rol de las mujeres en el “Estado terrorista”, tanto de aquellas que se resistieron como quienes colaboraron con el régimen militar. Acerca del concepto de género y sus posibilidades para pensar las formas de dominación en aquellos años sostiene que “Los poderes hegemónicos anclan su perspectiva también en cuestiones de género, diseñando criterios de valoración y de atribución. De este modo, el género se manifiesta como una “forma primaria de relaciones significantes de poder” legítima y construye vínculos sociales desiguales, naturalizándolos y deshistorizándolos. Es así que las cualidades contrapuestas atribuidas a los sexos no son más que expresiones de relaciones inequitativas de poder. Éstas a la vez, reposan en representaciones simbólicas y en conceptos normativos que van construyendo diversas redes de disciplinamiento” (D’Antonio, D. “Mujeres complicidad y Estado terrorista. Estudios críticos sobre historia reciente. Los ‘60 y ‘70 en Argentina. Parte IV” en *Cuaderno de Trabajo*, número 33, 2003, p.10).

vínculos dados entre varones y mujeres y los significados que históricamente habían sido atribuidos a la diferencia sexual. Años después, hacia fines de los noventas, en el prefacio a la reedición en inglés (1998), Joan Scott se preocupaba por la pérdida de la capacidad crítica de género, un término que con el correr del tiempo no había logrado según ella transformar ni desbalancear el discurso político e intelectual. Lo mismo notaba Marysa Navarro en una conferencia que diera en el marco de la inauguración de las V Jornadas de Historia de las Mujeres y el I Congreso Iberoamericano de Estudios de la Mujer y de Género, realizadas en agosto de 2000 en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Allí la historiadora menciona el trabajo de Scott y los méritos de su concepto, para más adelante caracterizar la investigación académica feminista de hacer un uso despolitizado de este término.

En nuestro país las apasionadas reflexiones y los trabajos históricos del campo que hemos comentado, nos muestran los avances que se han construido desde la historia y los estudios de género. La apuesta es grande y sigue quedando mucho por hacer. Son muchos los interrogantes que se abren, pero esto es justamente lo que le da sentido a la historia: abrirnos a preguntas, ensayar respuestas, y seguir interrogándonos para hacer de este saber y de esta disciplina algo en constante construcción. Es que el género, a decir de Scott, sólo es útil al análisis histórico como pregunta siempre abierta a los múltiples significados que lo constituyen en cada momento.